

LA TEOLOGÍA Y EL MAGISTERIO EN EL PENSAMIENTO DEL BEATO J. H. NEWMAN A RAÍZ DE LA DEFINICIÓN DEL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Adolfo Ariza Ariza

Universidad Eclesiástica San Dámaso. Madrid

“La cuestión estriba en si ese dogma es una carga; y mi opinión es que no lo es”
(*Apologia pro vita sua*, Cap V).

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Apologia pro vita sua.
Dogma.
Edward Pusey.
Inmaculada Concepción.
Magisterio.
Nueva Eva.
Pecado original.
Sermones parroquiales.
Teología.
Tipología.

La definición del dogma de la Inmaculada Concepción por parte de Pío IX en 1854 suscitó fuera de la Iglesia muchos miedos y muchas críticas hacia Roma, especialmente en el seno de la Iglesia anglicana. La intervención del Beato J. H. Newman en la citada controversia, especialmente en su carta a E. Pusey, muestra tres aspectos esenciales. El primero, la presencia implícita de esta devoción en un hijo de la Iglesia anglicana, presbítero en la misma y fellow de la Universidad de Oxford y cuya primera conversión tuvo lugar en la atmósfera del más puro evangelismo. El segundo, el ejercicio de una verdadera teología, que apoyándose en los Santos Padres es capaz de descubrir lo esencial del Dogma en la relación tipológica María-Eva y en una consideración equilibrada de la doctrina sobre el pecado original, en claro contraste con la fundamentación protestante. El tercer aspecto es como el recorrido por esta cuestión concreta del pensamiento newmaniano ofrece claves e intuiciones de los verdaderos elementos del quehacer teológico, en clara anticipación de lo que serán las grandes líneas de la teología posterior al Concilio Vaticano II.

ABSTRACT

KEYWORDS

Apologia pro vita sua.
Dogma.
Edward Pusey.
Immaculate Conception.
Teaching.
New Eve.
Original sin.
Parish sermons.
Theology.
Typology.

The definition of the dogma of the Immaculate Conception by Pius IX in 1854 aroused many fears and criticisms of Rome, especially within the Anglican Church. The intervention of blessed J. H. Newman in the aforementioned controversy, especially in his letter to E. Pusey, shows three essential aspects. The first is the implicit presence of this devotion in a son of the Anglican Church, a priest in the same and fellow of the University of Oxford and whose first conversion took place in the atmosphere of the most pure evangelism. The second, the exercise of a true theology, which, founded on the Holy Fathers, is capable of discovering the essence of the Dogma in the typological relationship between Mary and Eve and in a balanced consideration of the doctrine of original sin, in clear contrast with the Protestant's arguments. The third aspect is how the study through this concrete question of Newtonian thought offers keys and intuitions of the true elements of theological work, in clear anticipation of what will be the main lines of theology after the Vatican Council II.

Boletín de la Real Academia de Córdoba.

BRAC, 165 (2016)
409-426

“Suponiendo que el Creador, por amor y misericordia, decidiera intervenir en esta

anárquica situación, ¿seríamos capaces de concebir la forma en que se iba a manifestar su misericordia con nosotros? Puesto que el mundo se encuentra en una situación de tamaña anormalidad, a mí no me sorprendería nada si esa intervención fuera extraordinaria; es decir, milagrosa. [...] ¿Quién va a ser el que se enfrente cara a cara para frenar y contrarrestar la fuerza tremenda, corrosiva y demoleadora del escepticismo de la razón en la búsqueda religiosa de Dios?”¹.

Estas palabras rubricadas por J. H. Newman el 26 de mayo de 1864, Fiesta del Corpus Christi, en su *Apología pro vita sua* describen —y no son mera reflexión apologética— la estima y consideración de Newman por el Magisterio de la Iglesia, vilipendiando en tantas ocasiones por las mentalidades anglicanas, pero especialmente desde la definición del Dogma de la Inmaculada Concepción de María diez años antes de las mismas. Son palabras que proceden de un converso del anglicanismo al catolicismo que siempre tuvo una especial devoción a este misterio y a la Virgen Inmaculada y que preceden a una clarividente reflexión sobre la idoneidad de la citada definición dogmática. No en vano, una vez ya en el seno de la Iglesia Católica, cambió la fiesta de la Asunción por la fiesta de la Inmaculada Concepción como principal celebración litúrgica del Oratorio, y en 1851 (tres años antes de la definición del dogma) dedicó la iglesia del Oratorio de Birmingham a la Inmaculada Concepción. J. H. Newman se sentía enormemente feliz de que su congregación fuese una de las que habían obtenido permiso para introducir la palabra *immaculata* en el prefacio de la misa después de la palabra *conceptione*².

Pero, ¿quién fue realmente J. H. Newman? ¿Qué representa para la Iglesia de hoy la figura de este beato? Es obvio que no es el momento de ofrecer una respuesta desarrollada a esas preguntas. De ahí que me limite a traer a colación dos testimonios. El primero de ellos de la novelista británica Muriel Spark (fallecida en abril de 2006). Dice así: “Me hice católica leyendo a Newman. Ni los mártires de la cristiandad con su cabeza cortada, ni las monjas en éxtasis por toda Europa, ni las cinco vía de santo Tomas ni los folletos de mis amigos católicos daban las respuestas que daba Newman”³. El segundo de los testimonios proviene de una voz verdaderamente autorizada en lo teológico como es la de J. Ratzinger. Ratzinger comenzó a leer a Newman cuando era seminarista en Frisinga. De esta época recuerda como su doctrina “sobre la conciencia llegó a ser por entonces para nosotros el fundamento de aquel personalismo teológico, el cual nos atrajo a todos. Nuestra imagen del hombre, así como nuestra idea de la Iglesia, estuvieron marcadas por este punto de partida. [...] Newman ha expuesto en la idea del desarrollo [de la conciencia] su propia experiencia personal de una conversión nunca concluida, y así nos ha ofrecido la interpretación no sólo del camino de la doctrina cristiana, sino también de la vida cristiana. El signo característico del gran doctor de la Iglesia me parece ser que él no enseña sólo con su pensamiento

¹ J. H. Newman, *Apología pro vita sua* (Madrid 1996) 241.

² Cf. P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 72-73.

³ V. GARCIA RUIZ, “La voz de un maestro cristiano”, en J. H. NEWMAN, *Sermones Parroquiales* 1 (Madrid 2007) 14-15.

y sus discursos, sino también con su vida, porque en él pensamiento y vida se compenetran y se determinan recíprocamente”⁴.

LA SORPRENDENTE DEVOCIÓN A MARÍA DEL NEWMAN ANGLICANO

La primera cuestión a afrontar podría formularse en estos términos: ¿Cómo explicar la presencia implícita⁵ de esta devoción en un hijo de la Iglesia anglicana, presbítero en la misma y fellow de la Universidad de Oxford y cuya primera conversión tuvo lugar en la atmósfera del más puro evangelismo?

Como recoge en la *Apología*, la lectura de una antología de los Sermones de san Alfonso María de Liguori, si bien en algún momento le ha llevado a acusar a la Iglesia de Roma de “Mariolatría”, le conduce a afirmar:

“Esas demostraciones de devoción en honor de Nuestra Señora era mi gran *crux* en cuanto al catolicismo y – lo diré con toda franqueza – ni siquiera ahora termino de adaptarme a ellas. Creo sinceramente que no amo menos a la Virgen Bendita por eso, por no poder adaptarme a esas prácticas. Son perfectamente explicables y justificables, pero gusto y sentimiento no entienden de lógicas. Están muy bien para Italia y los italianos, pero no para Inglaterra y los ingleses. Además, dejando a un lado Inglaterra, mi caso era un tanto especial. Desde mi niñez yo había entendido con especial claridad que mi Creador y yo, su Criatura, éramos los dos seres cuya existencia se impone arrolladoramente, como luz, *in rerum natura*”⁶.

Con anterioridad llega a decir también en la *Apología*:

“A pesar de mis muy arraigados temores respecto de Roma, a pesar de la explícita reprobación de mi conciencia contra sus prácticas, a pesar de mi cariño entrañable por Oxford y Oriel, abrigaba yo un secreto amor por Roma, la madre de la Cristiandad Inglesa, y tenía un auténtica devoción por la Bendita Virgen María, en cuyo colegio

⁴ J. RATZINGER, “Discurso introduttivo alla III giornata del simposio di Newman”: *Euntes Docete* 43 (1990) 431-436.

⁵ Usar aquí el adjetivo implícito no es una cuestión baladí. M. Nédoncelle subraya la importancia del descubrimiento del valor de los “implícito” en la vida de los hombres y, consecuentemente, en el pensamiento de J. H. Newman: “La originalidad de Newman ha consistido en oponer implícito a explícito, no ya como oscuro a claro, sino como personal a impersonal. Un conocimiento implícito, imperfecto desde el punto de vista del desarrollo de las ideas, puede ser más rico y más indispensable para la salud del espíritu o para el equilibrio del juicio que un sistema de nociones acabado pero estéril. O, para tomar el mismo asunto desde otro ángulo: ninguna realidad se entrega al espíritu humano de manera total en un instante. Se requiere tiempo, hace falta una historia conocer los seres y para que nuestras ideas se hagan cargo de ellos, o para sacar las consecuencias de estas ideas. El pensamiento implícito está muy vinculado a la perspectiva histórica de una persona: es en virtud de sus experiencias pasadas y de circunstancias que a menudo percibe él solo, que un individuo concreto puede alcanzar lo verdadero. En nombre del pensamiento no podemos olvidarnos de quien piensa. Cierta existencialismo contemporáneo está ya contenido en la idea newmaniana de que las pruebas metafísicas o teológicas tienen un contexto psicológico y que hay que tomar en serio la soledad del yo frente a su Creador” (M. NÉDONCELLE, *Introduction. Sermons Universitaires*, 23).

⁶ J. H. Newman, *Apología pro vita sua* (Madrid 1996) 200.

vivía, cuyo altar servía, y cuya pureza Inmaculada había alabado en uno de los primeros sermones que publiqué⁷.

La misma conciencia de esta —vamos a llamarla así— tendenciosidad mía me hizo predicar con ardor contra el peligro de dejarse llevar por la simpatías más que por la razón en la búsqueda religiosa⁸.

Pero vayamos, por tanto, a su “testimonio anglicano” en el Sermón parroquial⁹ que lleva por título *La Reverencia debida a la Virgen María*¹⁰, predicado en la fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen María de 1832. Predica:

“¿Quién puede estimar la santidad y perfección de quien fue elegida para ser la Madre de Cristo? Si ‘al que tiene se le dará’ y la santidad y el favor divino van juntos (como se nos dice expresamente), ¿cuál no será la pureza absolutamente sobrenatural de aquella sobre quien el Espíritu Creador descendió con su milagrosa presencia? ¿Cuáles deben haber sido los dones de quien fue escogida para ser el único miembro de la familia humana del Hijo de Dios, la única a quien Él estaba obligado por naturaleza a cuidar y respetar, la única elegida para enseñarle y educarle, para instruirle día a día, mientras crecía en sabiduría y estatura? Esta contemplación nos llevaría a un punto más elevado si la lleváramos adelante: ¿cuál creéis que era el grado de santidad de esa naturaleza humana de la que Dios formó a su Hijo sin pecado, sabiendo que ‘lo nacido de la carne, carne es’

⁷ El sermón al que se refiere es *The Reverence due to the Virgin Mary*, pronunciado el 25 de marzo de 1832 y publicado en *Parochial and Plain Sermons*, II, 127-138.

⁸ J. H. Newman, *Apología pro vita sua* (Madrid 1996) 178.

⁹ Con respecto a su predicación, testimonios como el que sigue de Mathew Arnold dan fe de su profunda unción: “Hace cuarenta años [...] predicaba en el púlpito de Santa María todos los domingos, parecía a punto de renovar lo que para nosotros era la institución más nacional y más natural del mundo, la Iglesia de Inglaterra. Nadie era capaz de resistir la fascinación de aquella figura espiritual, que avanzaba como en volandas, en el penumbra de la tarde, por la nave de Santa María, ascendía al púlpito, y con la más sugestiva de las voces, rompía el silencio con palabras y pensamientos que eran música religiosa, sutil, dulce y severa”. Este otro testimonio nos dice: “Los ojos estaban llenos de vida, la voz era fuerte y a la vez melodiosa. Era sobre el púlpito una figura frágil y ligera, como alguien surgido de otro mundo. El sermón comenzaba en tono sereno y medido. Enfervorizado gradualmente sobre el tema, el predicador elevaba gradualmente la voz y toda su alma parecía encenderse de conmoción y vigor espiritual. A veces, en medio de los pasajes más vibrantes y sin disminuir la voz, hacía una pausa, sólo un instante que se antojaba largo, y después, luego de haber recobrado fuerza y gravedad, pronunciaba palabras que sacudían el alma de los oyentes” (V. GARCIA RUIZ, “La voz de un maestro cristiano”, en J. H. NEWMAN, *Sermones Parroquiales* 1 (Madrid 2007) 15-16).

¹⁰ En carta a Arthur Osborne Alleyne dice de este Sermón: “En un Sermón que publiqué en 1835 (o sea, diez años antes de hacerme católico), escribía: ‘Pues, ¿cuál pensáis que habrá sido la santidad y la gracia de aquella naturaleza humana de la que Dios formó a su propio Hijo, que no conoció pecado, sabiendo como sabemos que lo que nace de la carne es carne y que nadie puede sacar pureza de lo impuro?’. Pues bien, se me acusó de sostener la doctrina de la Inmaculada Concepción porque era evidente que yo asociaba la ‘gracia’ con la humanidad de la Virgen Santísima, como si en su caso naturaleza y gracia nunca hubiesen estado separadas. Todo lo que pude responder en aquel entonces fue que en ello no había nada contrario a los Treinta y nueve Artículos” (J. H. NEWMAN, *Carta a Arthur Osborne Alleyne*. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 367).

(Jn 3, 6) y que ‘nadie podrá encontrar pureza en lo impuro’ (Jb 14, 4)?”¹¹.

Sin lugar a dudas, a quienes escucharon estas palabras de Newman les pareció sobrentendía que la naturaleza humana de María había estado siempre en estado de gracia y por tanto libre siempre de todo pecado.

Como más adelante se podrá constatar, en las lecturas de los Santos Padres había aprendido a dar una gran importancia al paralelismo entre Eva y María; si Eva no tenía pecado el día en que fue creada, parecía justo que María estuviese tan libre como ella de pecado al alba de la nueva creación. Así pues, en resumidas cuentas, todo apunta a que las indicaciones que tenemos están a favor de su aceptación personal de esta doctrina¹².

Los especialistas suelen reconstruir la evolución de la fe anglicana de Newman en la Virgen, y la devoción con que respondió, en base a cuatro períodos¹³. Si bien, con facilidad, se puede constatar la presencia de un factor que tendrá verdadero peso específico en la citada evolución: el de la invocación a María.

La doctrina de la comunión de los santos le enseñaba claramente que los miembros del cuerpo de Cristo pueden rezar e interceder unos por otros, y por eso María y los santos interceden por nosotros, pero eso no nos autoriza a invocarlos. Curiosamente, esta distinción entre intercesión e invocación, aunque tácitamente está reconocida en dos de los 39 Artículos que constituyen el eje de la doctrina anglicana, no la aprobaban las autoridades anglicanas en general, que rechazaban enérgicamente la fe en la intercesión de María y de los santos, ya que la invocación a los santos estaba condenada claramente en esos mismos Artículos¹⁴.

Además Newman no aceptó la práctica de invocar a los santos hasta el final de su período anglicano. En un sermón de 1837 sobre de *The Communion of Saints*, decía que los bienaventurados en el cielo pueden promover activamente el bien de la Iglesia con su oración, pero que no sabemos cómo lo hacen. Y, criticando la práctica católica, añade: “Aunque nosotros pensamos así sobre la Iglesia invisible, son muchas las razones que nos impiden invocar individualmente a sus miembros, cosa que lamentablemente sí sucede comúnmente en otras naciones cristianas”¹⁵.

Newman pensaba que la invocación a los santos no era una práctica que existiese en la Iglesia primitiva y que fácilmente podía convertirse en una oración dirigida al santo, cosa que él consideraba idolatría. Le parecía que invocar a María o a cualquier otro santo equivalía a oscurecer el papel único de mediador de Cristo. Aunque poco a poco se fue dando cuenta de que la Iglesia anglicana aprobaba tácitamente ciertas invocaciones —por ejemplo, no se condenaba di-

¹¹ J. H. NEWMAN, *Sermones Parroquiales* II (Madrid 2007) 131-132.

¹² Cf. P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 32-33.

¹³ Cf. L- GOVAERT, *Kardinal Newmans Mariologie und sein persönlicher Werdegang* (Salzburg und München 1975) 23-80; F. J. FRIEDEL, *The Mariology of Cardinal Newman* (New York 1928) 1-87.

¹⁴ Cf. P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 37.

¹⁵ J. H. NEWMAN, *Parochial and Plain Sermons*, IV, 183, en P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 37.

rectamente el *ora pro nobis* de las letanías—, él se abstuvo de invocar a la Santísima Virgen, como signo de obediencia a la directrices de la comunión anglicana, hasta el día en que fue recibido en la Iglesia Católica. Incluso durante los años que lo llevaron a la conversión, cuando rezaba el breviario romano en Littlemore, omitía las invocaciones directas que se contenían en él, sosteniendo que no eran una parte esencial del Oficio divino¹⁶. Es más, por sentido de obediencia a la Iglesia a la que aún pertenecía, se abstuvo de invocar a María hasta el día en que se hizo católico¹⁷.

NEWMAN CATÓLICO

Una vez acogido en la Iglesia Católica, podemos advertir fácilmente la sensibilidad ecuménica de Newman cuando habla de temas marianos. Él conocía por experiencia la sospecha que anidaba en la mente de los no católicos hacia lo que ellos consideraban como una veneración y una exaltación indebidas de una criatura a costa del Creador. Y en consecuencia se esfuerza por hacer una importante distinción entre la doctrina —que es intocable— y la devoción, que puede tener numerosas y múltiples expresiones. De ahí que comente: “Admito que la devoción a la Virgen Santísima ha ido creciendo entre los católicos con el correr de los siglos; pero no acepto que la doctrina sobre ella haya experimentado un crecimiento, pues estoy convencido de que sustancialmente ha sido una e idéntica desde el principio”¹⁸.

Por esta misma razón ecuménica, Newman se preocupó por fundamentar su doctrina en la Escritura y en las enseñanzas de los Padres de la Iglesia. En esto coincidía con las posturas de sus amigos anglicanos; también sus *Meditations and Devotions* privadas, y en especial en sus reflexiones sobre las Letanías Lauretanas para el mes de mayo, son enteramente bíblicas en el tono y en el espíritu que las preside. Y en su tratado más importante sobre María, la *Carta a Pusey*, apela una y otra vez al testimonio de la Iglesia primitiva tal como se contiene en los escritos de los Padres de la Iglesia¹⁹. Pero de ello, a continuación se dará cumplida cuenta.

Sobre algunos puntos concretos Newman trata de corregir los malentendidos populares: se esfuerza por dejar muy claro que María ha sido redimida por la pasión de su Hijo exactamente igual que cualquier otro hijo de Adán. Más aún, Cristo hizo por ella más que por cualquier otro. Newman subraya la verdad, tan difícil de entender para los anglicanos, de que la devoción a María no se interpone en absoluto entre el creyente y su creador. Cobra aquí especial relevancia su testimonio en las páginas de la *Apología*: “Ahora sé con toda claridad algo que entonces [cuando era anglicano] no sabía: que la Iglesia Católica no permite que ninguna imagen material o inmaterial, ningún credo o formulación dogmática, ningún rito, sacramento o santo, ni siquiera la Santísima Virgen, se interponga entre el alma y su Creador. Es por completo un cara a cara, un *solus cum solo*, en-

¹⁶ Cf. P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 37-38.

¹⁷ Cf. P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 40.

¹⁸ J. H. NEWMAN, *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, 2 Vols. Pág. 26, en P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 43.

¹⁹ Cf. P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 43-44.

tre el hombre y su Dios. Sólo Él crea, sólo Él redime, ante su mirada imponente iremos a la muerte, en Presencia Suya discurrirá nuestra eterna felicidad”²⁰.

EL CONTEXTO DEL *EIRENICON* Y DE LA CARTA A PUSEY

Pero vayamos ahora al *Eirenicon* de Pusey y su consiguiente respuesta en forma de carta. La definición del dogma de la Inmaculada Concepción por parte de Pío IX en 1854 suscitó fuera de la Iglesia muchos miedos y muchas críticas hacia Roma. Algunas de esas actitudes provenían de la ignorancia y de una comprensión equivocada de lo que significaba exactamente esa doctrina, otras nacían de los prejuicios hacia la Santa Sede y hacia cualquier declaración solemne que hiciera el Papa. Aunque todavía no se había definido la infalibilidad pontificia, el pronunciamiento papal de 1854 estaba claramente relacionado con ella. Ese dogma no fue proclamado por un concilio ecuménico, sino sólo por el Papa que utilizó todo el peso de su autoridad apostólica para imponer a las conciencias de todos los fieles un punto concreto de doctrina. Algunos anglicanos se quedaron perplejos. Su malestar y sus dudas no sólo provenían de la doctrina en sí misma, sino de las implicaciones que podría tener un pronunciamiento papal que elevaba una verdad mariana —aceptada ya comúnmente por los católicos— al rango de dogma. Otros tenían dificultades intelectuales respecto a esa doctrina, pues no entendían cómo podía conciliarse con la universalidad del pecado original, punto éste que desde hacía siglos causaba perplejidad incluso entre los católicos²¹.

Una puesta por escrito de esa perplejidad anglicana fue la que llevo a cabo un antiguo fellow de Oriel College y amigo de Newman: Pusey. Edward Pusey (1800–1882), en aquel momento era Regius Professor de Hebreo, lo que llevaba consigo una canongía en Christ Church, la catedral de Oxford. Era un hombre de gran sentido religioso y de extraordinaria laboriosidad. Tras la conversión de Newman en 1845, los Tractarianos de agruparon en torno a él. Alimentó hasta 1870 esperanzas de unión corporativa con Roma de parte del Anglicanismo. Pusey tuvo el mérito de formular, en su *Eirenicon*, de manera erudita y exhaustiva, las objeciones de los anglicanos, provocando así una respuesta de Newman extraordinariamente equilibrada, documentada y ecuménica. Aunque Newman pensaba que su amigo tendía su ramito de olivo (*eirenicon*) “como desde una catapulta”²².

Newman escribió su Carta a Pusey en nueve días de intenso trabajo²³, antes de la fiesta de la Inmaculada de 1865. En opinión de Friedel, “si Newman estuvo en condiciones de realizar un trabajo tan profundo en el espacio de una semana, fue porque tenía a punto desde hacía mucho tiempo todo el material que necesitaba. En efecto, esta obra maestra de la literatura mariana no es más que la sistematización, la cristalización de lo que Newman había enseñado y predicado desde el día en que empezó a escribir el estudio sobre el *Desenvolvimiento del dogma*”²⁴.

²⁰ J. H. NEWMAN, *Apologia pro vita sua* (Madrid 1996) 200.

²¹ Cf. P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 46–47.

²² J. H. NEWMAN, *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, 2 Vols. Pág.7, en P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 43.

²³ I. KER, *John Henry Newman. A Biography* (Oxford 1988) 580.

²⁴ F. J. FRIEDEL, *The Mariology of Cardinal Newman* (New York 1928) 107.

Ahora bien, ¿cuáles son las grandes líneas de su reflexión, de su respuesta a Pusey? Como el mismo Newman señala: “Ahora quiero detenerme un poco en dos conclusiones que se derivan claramente de esa enseñanza primordial de los Santos Padre de la que acabo de hablar. La primer se refiere a la santidad de la Virgen María, la segunda a su dignidad”²⁵.

La relación tipológica establecida entre Eva y María es la clave del pensamiento patristico de la que Newman ha bebido y desde la que va a desarrollar su respuesta a preguntas como “¿qué hay de difícil en esta doctrina? ¿Qué hay de anormal? A María podemos llamarla, por así decirlo, hija no caída de Eva”²⁶.

Afirma nuestro autor:

“Según nos enseñan los Padres, en nuestra redención María desempeña el mismo papel que Eva en nuestra caída. Ahora bien, antes que nada, ¿qué cualidades tenía Eva para poder afrontar la prueba? Pues, aunque era inocente y limpia de pecado, sin el don de una gracia muy grande no habría podido hacer frente a las artimañas del demonio. Y esa gracia sí que la tuvo: un don celestial, superior y añadido a su naturaleza, que había recibido de Adán; un don que se le había dado también a Adán antes que a ella en el mismo momento (como suele afirmarse en general) en que fue formado”²⁷.

De ahí su firmeza y convicción en la misma forma de evocar los planteamientos en torno a la cuestión:

“¿Me vais acaso a negar que María estuvo tan llena de dones como Eva? ¿Acaso es hacer una deducción forzada el pensar que a María, que iba a cooperar en la redención del mundo, se la iba a dotar con menor poder de lo alto que a aquella otra mujer que fue dada como compañera a su marido y que en realidad lo único que hizo fue cooperar con él para su ruina?

Si Eva fue elevada por encima de la naturaleza humana mediante ese don moral interior que llamamos gracias, ¿será temerario afirmar que María disfrutó de una gracia incluso mayor? Este pensamiento le da un significado especial al saludo que le dirigió el ángel, llena de gracia; y esta interpretación del término original es sin lugar a dudas la correcta, a poco que nos opongamos a la hipótesis común entre los protestantes según la cual la gracia es una mera aprobación o aceptación exterior —que correspondería a la palabra ‘favor’—, mientras que, según la enseñanza de los Santos Padres, la gracia es una característica interior —una cualidad sobreañadida— del alma. Y si Eva tuvo ese don interior sobrenatural, que se le concedió desde el primer momento de su existencia personal, ¿cómo se puede negar que María haya tenido también ese don desde el primer momento de su existencia personal? Yo no entiendo cómo alguien

²⁵ J. H. NEWMAN, *Su Santidad sin mancha. A Letter to the Rev. E. B. Pusey, D. D., on occasion of his Eirenicon of 1864*, en *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, vol. II (London 1910) 44-50. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 267.

²⁶ *Ibid.* 272.

²⁷ *Ibid.* 267-268.

puede oponerse a esta deducción. Pues bien, en esto consiste sencilla y literalmente la doctrina de la Inmaculada Concepción”²⁸.

De tal manera que los citados planteamientos los concluye con esta seguridad:

“Yo no entiendo por qué si alguien acepta con Bull²⁹ la doctrina católica de los dones sobrenaturales de nuestros primeros padres, pueda tener motivos razonables para poner en duda nuestra doctrina sobre la Virgen Santísima. Esta doctrina no tiene nada que ver con sus padres, sino exclusivamente con su persona. Lo único que se afirma en ella es que María, junto a la naturaleza que recibió de sus padres —es decir, su propia naturaleza—, tenía por añadidura una plenitud de gracia, y esto desde el primer momento de su existencia”³⁰.

Ahora bien, el desarrollo del comentario tipológico necesariamente va a abrir a Newman a la reflexión en torno a la cuestión del pecado original. Es decir va a proponer en esta su carta a Pusey toda una síntesis sobre la doctrina del pecado original, ya que “alguien puede decir: ¿Y esto nos autoriza a decir que la Virgen fue concebida sin pecado original? Si los anglicanos supiesen qué es lo que nosotros entendemos por pecado original, no harían esta pregunta”³¹. Pero es en la *Apología* donde propone Newman una de las imágenes más ilustrativas y significativas que la historia de la teología haya podido proponer en torno a la doctrina del pecado original. Dice así:

“Qué puede uno decir ante este panorama que taladra y enloquece el corazón y la razón? Sólo se me ocurren dos cosas: o no hay un Creador o este mundo de los hombres ha sido desechado y apartado de su Presencia. Si yo me encontrara con un chico de buena presencia y con cabeza, bien educado y culto, pero arrojado al mundo sin posición, incapaz de decir de dónde viene, donde nació o quién es su familia, no tendría más remedio que pensar que su historia tiene algún asunto oscuro y que sus padres, por la razón que sea, se avergüenzan de él. [...] Si hay un Dios, puesto que hay Dios, el ser humano debe estar marcado por alguna terrible calamidad de nacimiento; está desconectado de los propósitos de su Creador, y esto es un hecho tan verdadero como que el mundo existe. De ahí que la idea teológica del pecado original cobre un grado de certeza que se aproxima a la misma existencia del mundo y de Dios”³².

²⁸ *Ibid.* 269–270.

²⁹ George Bull (1634–1710), obispo de St. David’s (Gales), era un teólogo de renombre perteneciente a la High Church. Escribió la *Defensio fidei nicenae* (1685) en la que —contra la idea de evolución que proponía D. Petavius, s.j. en su *Opus de theologicis dogmatibus* (1643–1659) — sostiene que la elaboración doctrinal sobre la Trinidad ya la conocían y la había desarrollado los Padres pre-nicenos. Según Bull, las clarificaciones de los escritores pre-nicenos debían interpretarse a la luz de lo que se había enseñado precedentemente.

³⁰ J. H. NEWMAN, *Su Santidad sin manilla. A Letter to the Rev. E. B. Pusey, D. D., on occasion of his Eirenicon of 1864*, en *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, vol. II (London 1910) 44–50. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 271.

³¹ *Ibid.* 272.

³² J. H. NEWMAN, *Apología pro vita sua* (Madrid 1996) 240–241.

Pero volvamos a la carta a Pusey en la que, en síntesis, llega a aseverar:

1. “Nuestra doctrina sobre el pecado original no es la misma que la de los protestantes. Para nosotros, el ‘pecado original’ no puede llamarse pecado en el sentido que tiene normalmente la palabra ‘pecado’, lo que indica ese término es el pecado de Adán en cuanto transmitido a nosotros, o sea el estado al que el pecado de Adán redujo a sus hijos”³³.
2. “[...] negamos que María haya contraído el pecado original, pues, como ya hemos dicho, por pecado original entendemos algo negativo, es decir únicamente esto: la privación de aquella gracia sobrenatural e inmerecida que tenían Adán y Eva en el mismo momento en que fueron creados; una privación y las consecuencias de esa privación. María no podía merecer, como tampoco ellos, la recuperación de esa gracia; pero Dios se la devolvió, por su libre generosidad, desde el primer momento de su existencia, y, como consecuencia de ello, de hecho nunca estuvo bajo la maldición original, que consistía en la pérdida de la gracia”³⁴.
3. “He sacado esta doctrina de la Inmaculada Concepción, como una consecuencia directa, de la doctrina primitiva de que María es la segunda Eva. La argumentación me parece concluyente. Y si no ha sido aceptada universalmente como tal, eso ha ocurrido porque entre los católicos no se han tenido claramente las ideas sobre lo que realmente significa la Inmaculada Concepción”³⁵.
4. “Para muchos parecía implicar que la Virgen Santísima no murió en Adán, que ella no incurrió en el castigo de la caída, que no fue redimida, que fue concebida de alguna manera contraria a lo que se dice en el versículo del salo *Miserere*³⁶. Si la controversia de los primeros tiempos hubiera aclarado el tema de manera que resultase evidente para todo el mundo —o sea, que esa doctrina lo único que significaba era que, de hecho, la sentencia general que pesaba sobre la humanidad en su caso no se había ejecutado, y eso debido a que la gracia divina moraba en ella desde el primer momento de su existencia (y esto es todo lo que ha sido definido en la bula de 1854)—, no puedo creer que esa doctrina hubiese encontrado nunca la menor oposición; pues un sentimiento instintivo ha llevado escrupu-

³³ J. H. NEWMAN, *Su Santidad sin mancha. A Letter to the Rev. E. B. Pusey, D. D., on occasion of his Eirenicon of 1864*, en *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, vol. II (London 1910) 44-50. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 272-273.

³⁴ *Ibid.* 274.

³⁵ *Ibid.* 275-276.

³⁶ “Mira: en la culpa nací, pecador me concibió mi madre” (Sal 50 [51], 7).

losamente a los cristianos a excluir a la Virgen María cada vez que sale a discusión el tema del pecado”³⁷.

5. “Es cierto que varios Santos Padres³⁸ del siglo IV sugieren o afirman que María pecó venialmente en una o dos ocasiones o que se mostró débil. Ésta es la única objeción real de la que yo tengo noticia; y como no quiero pasarla a la ligera, me propongo examinarla al final de esta carta”³⁹.

El repaso a la doctrina sobre el pecado original puede completarse con su reflexión en una segunda carta al ministro de la Iglesia anglicana Arthur Osborne Alleyne:

“Los protestantes consideran al pecado original como una contaminación que ha sufrido la naturaleza, de manera que la naturaleza del hombre actualmente no es lo mismo que era antes de la caída. Por consiguiente, ser concebido sin pecado original quiere decir tener una naturaleza distinta de la de los demás seres humanos. Por eso, para los protestantes es una blasfemia decir que Cristo nació de la naturaleza de Adán caído; y es una blasfemia debido a su punto de vista acerca de esta naturaleza. De aquí provenía, según ellos, la herejía personal de Irving⁴⁰, que enseñaba eso, y ése fue el punto fundamental que llevó a su expulsión de la Iglesia de Escocia.

Los católicos —no lo niego— sostienen que las facultades naturales del hombre han quedado, sí, debilitadas a causa de la caída, pero no admiten que la naturaleza humana haya quedado contaminada. Piensan —o al menos son libres de pensar— que la Virgen Santísima, y que el propio Cristo, aunque ambos estuvieron libres del pecado original, tenían ambos la misma naturaleza que Adán caído. Y es que, según los católicos, el pecado original consiste en la privación de la gracia de Dios, gracia que era un don añadido desde fuera a la naturaleza de Adán. La presencia de la gracia divina es el principio que justifica que hace que el alma sea acepta a Dios todopoderoso; además, hay diversos grados de justificación, lo mismo que hay diversos grados de gracia. Según los protestantes, ninguna gracia que podamos imaginarnos es capaz de borrar el pecado original, que sigue siendo siempre una contaminación, aunque no se impute como culpa. Para el católico, por el contrario, la irrupción

³⁷ J. H. NEWMAN, *Su Santidad sin manilla. A Letter to the Rev. E. B. Pusey, D. D., on occasion of his Eirenicon of 1864*, en *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, vol. II (London 1910) 44-50. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 275-276.

³⁸ Se refiere a los tres Padres de la Iglesia que aparecen citados en un texto de Petavio, teólogo del siglo XVII (*De incarnatione* 14, 1), en concreto Basilio, Juan Crisóstomo y Cirilo de Alejandría. A veces esos Padres atribuyen un pecado leve o una imperfección (de duda o de vanagloria) a María.

³⁹ J. H. NEWMAN, *Su Santidad sin manilla. A Letter to the Rev. E. B. Pusey, D. D., on occasion of his Eirenicon of 1864*, en *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, vol. II (London 1910) 44-50. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 276-277.

⁴⁰ Edward Irving (1792-1834) era ministro de la Iglesia de Escocia. En 1830 fue excomulgado por una publicación en la que afirmaba que la naturaleza humana de Cristo era pecaminosa. Luego, en 1833, fue expulsado de la Iglesia de Escocia.

de la gracia en el alma destruye *ipso facto* con su presencia el pecado original”⁴¹.

Como conclusión a esta respuesta que a la llamada de paz en forma de rama de olivo, que como ya decíamos anteriormente con nuestro autor, parece tirada con catapulta, Newman añade:

“En una parte de su libro Usted parece tener algo que objetar a la antífona en la que se dice de María: ‘Tú sola has destruido todas las herejías’. Sin duda alguna la verdad de estas palabras queda comprobada en nuestros días, como en los tiempos antiguos, y especialmente por la doctrina sobre la Virgen de la que he hablado detenidamente hasta ahora”⁴².

“Me da la impresión de que los anglicanos simplemente no se dan cuenta de la fuerza argumentativa que puede aducirse en nuestro favor partiendo de los escritos de esos antiguos doctores; y abren fuego sobre nuestros escritores —medievales o modernos— sin pensar en que dejan tras ellos a un verdadero ejército de autores primitivos que se oponen a ellos. Entre esos anglicanos no lo incluyo a Usted, pues usted conoce bien lo que dicen los Padres. Pero entonces, ¿no ha sido Usted injusto consigo mismo, querido amigo, en su reciente libro al exagerar tanto las diferencias que existen entre los anglicanos y nosotros en este punto concreto? La misión de un *Irenicon* es suavizar las dificultades; me sentiría feliz si he conseguido eliminar algunas de las suyas. Que sea el público quien haga de juez entre nosotros. Si Usted hubiese presentado en su libro lo que sabe sobre nuestra doctrina acerca de la Santísima Virgen, junto con lo que sabe sobre lo que enseñan sobre lo que enseñan acerca de ella los Padres —y que usted comparte—, la gente normal y corriente habría sacado la conclusión de que entre Usted y nosotros no hay mucho que elegir”⁴³.

OBJECIONES REFRENDADAS EN EL MEMORÁNDUM A ROBERT WILBERFORCE Y LAS CARTAS A ARTHUR OSBORNE ALLEYNE

Pero este recorrido sería incompleto sino se acude a lo que Newman escribió como *Memorandum* para uno de sus amigos del Movimiento de Oxford, Robert Wilberforce (antes, arcediano Wilberforce), que fue uno de los teólogos tractarianos más importantes. Se convirtió al catolicismo en 1854. Estas páginas estaban pensadas como *pro-memoria* de los principales argumentos para hacer frente a las objeciones que ponían algunos amigos protestantes a la doctrina de

⁴¹ J. H. NEWMAN, *Segundacarta a Arthur Osborne Alleyne*. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 373-374.

⁴² J. H. NEWMAN, *El poder de la intercesión de María. A Letter to the Rev. E. B. Pusey, D. D., on occasion of his Eirenicon of 1864*, en *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, vol. II (London 1910) 44-50. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 314.

⁴³ J. H. NEWMAN, *La auténtica fe católica y la devoción a la Virgen María. A Letter to the Rev. E. B. Pusey, D. D., on occasion of his Eirenicon of 1864*, en *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, vol. II (London 1910) 44-50. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 316-317.

la Inmaculada Concepción. Así se entiende la contundencia y la cierta ironía de sus palabras:

“Ahora desearía que os fijaseis en por qué alego a los Padres y la Sagrada Escritura. No para demostrar la doctrina, sino para librarla de la monstruosa improbabilidad de que alguien pueda tener escrúpulos en aceptarla si la Iglesia la proclama. Un protestante puede sentirse inclinado a decir: ‘Yo jamás de los jamases podré aceptar una doctrina así de manos de la Iglesia, y estoy decidido a mantener una y mil veces que la Iglesia se equivoca, antes de aceptar que sea verdad una doctrina tan horrible’.

Pero, hombre, ¿Por qué? No te excites de esa manera, como un caballo que se asusta de lo que no conoce. Piensa un poco en lo que he dicho. ¿Es, en realidad, algo ciertamente irracional? ¿Es realmente algo contrario a la Escritura? ¿Es algo ciertamente contrario a los Santos Padres primitivos? ¿Es algo ciertamente idólatra? No puedo dejar de réirme al hacer estas preguntas.

¿No se podrá, más bien decir algo en su favor partiendo de la razón, de la devoción, de la antigüedad, del texto inspirado? Puede que usted no vea ninguna razón para creer en la voz de la Iglesia; puede que usted aún no haya llegado a creer en ella. Pero lo que no acierto de ningún modo a comprender es qué tiene que ver esto con hacer que vacile su fe en ella, si usted tiene fe, o con hacer que usted cambie de idea si está empezando a creer que esa doctrina puede venir de Dios.

[...]

Lo diré claramente: en el último día podrá haber muchas excusas, buenas o malas, para no ser católico. Pero hay una que no consigo imaginarme: ‘Señor, la doctrina de la Inmaculada Concepción iba tan en menoscabo de tu gracia, era tan contradictoria con tu Pasión, estaba tan en desacuerdo con tu palabra del Génesis y del Apocalipsis, se parecía tan poco a las enseñanzas de tus primeros santos y mártires, que eso me dio derecho a rechazarla a cualquier precio y a rechazar a tu Iglesia por enseñarla. Es una doctrina en la que mi juicio privado está plenamente justificado para oponerse al juicio de la Iglesia. Y ésta es mi disculpa para vivir y morir como protestante’⁴⁴.

De forma sintética, la clave argumentativa residiría en la cuestión de si el dogma de la Inmaculada Concepción pertenece realmente a la doctrina primitiva y a su definición dogmática.

“Pero ¿fue ésta una doctrina primitiva? Nadie puede añadir nada a la Revelación. Ésta se nos ha dado de una vez para siempre. Pero con el paso del tiempo, lo que se nos dio de una vez para siempre podemos entenderlo cada vez con mayor claridad. En este sentido, los Padres y santos más grandes se han equivocado, pues, como el tema de que hablaban aún no había sido depurado y la Iglesia no

⁴⁴ J. H. NEWMAN, *Respuesta a algunas objeciones sobre la Inmaculada Concepción*. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 362-364.

había hablado todavía, no acertaron a expresar adecuadamente lo que quería decir”⁴⁵.

“[...] por lo que se refiere a la doctrina de la Inmaculada Concepción, estaba implícita ya en los primeros tiempos y nunca fue negada. En la Edad Media la negaron santo Tomás y san Bernardo⁴⁶, pero daban a la frase un sentido distinto al que hoy le da la Iglesia. Ellos la entendían como referida a la Madre de Nuestra Señora, y pensaban que estaba en contradicción con el texto ‘Pecador me concibió mi madre’. Nosotros, en cambio, sólo hablamos de la Inmaculada Concepción cuando no referimos a María; la otra doctrina (a la que se oponían santo Tomás y san Bernardo) es realmente herética”⁴⁷.

Tampoco se pueden dejar de citar las dos cartas a Arthur Osborne. Arthur Osborne Alleyne (1833-1909) fue recibido en la Iglesia Católica a la edad de quince años. Más tarde volvió a la Iglesia anglicana y en ella fue ordenado ministro en 1862. Muchas veces se sintió inclinado a volver a la Iglesia Católica, pero nunca lo hizo. La primera carta de Newman es una respuesta a una carta suya del día anterior (29 de mayo de 1860) en la que le pedía algunas palabras de explicación sobre la Inmaculada Concepción.

En una segunda carta con fecha de 15 de junio de 1860, toma en consideración la siguiente dificultad: “La dificultad que encuentran los protestantes para aceptar esta doctrina radica en lo siguiente: en que la consideran como una doctrina aislada o independiente, cosa que nosotros no hacemos en la misma medida”⁴⁸.

A lo que va a responder, —y es aquí donde se puede encontrar una de las claves de más vigente utilidad de la teología newmaniana—, en estos términos:

“Existen verdades tan íntimamente relacionadas entre sí que, en vez de ser verdades distantes, son partes o aspectos de la misma, y por eso, si se demuestra una, queda demostrada la otra. Y al contrario, hay verdades tan distintas entre sí, que se requiere una prueba apro-

⁴⁵ *Ibid.* 357.

⁴⁶ La dificultad de san Bernardo provenía de la doctrina agustiniana según la cual el pecado original se transmitía a través de la concupiscencia en el acto de la procreación. Además, en aquel tiempo generalmente se pensaba que el alma “racional” se infundía después de la vegetativa y de la sensitiva, y por tanto algo después de la concepción. Por eso, a san Bernardo le resultaba difícil pensar que la Virgen pudiese haber sido santificada antes de que existiese como criatura humana (con alma “racional”), pero se declaró dispuesto a aceptar una opinión distinta si así lo declaraba la Santa Sede (cf. *Carta* 174: PL 182, 332-336. Esa dificultad fue superada un siglo más tarde por santo Tomás de Aquino. Sin embargo, tampoco él podía concebir que la Virgen pudiese tener el privilegio de la Inmaculada Concepción, debido a la doctrina de la redención universal por parte de Cristo. Pensaba que, si María hubiese sido preservada del pecado original, ya no era válida la necesidad absoluta de la redención (cf. *In IV Sent.* d. 43, q. 1, a. 4, s. 1, ad 3).

⁴⁷ J. H. NEWMAN, *Respuesta a algunas objeciones sobre la Inmaculada Concepción*. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 358.

⁴⁸ J. H. NEWMAN, *Segundacarta a Arthur Osborne Alleyne*. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 370.

piada para cada una de ellas, y el que se demuestre una no constituye en absoluto un paso adelante para demostrar la otra”⁴⁹.

“[...] los católicos no la ven como una verdad puntual e independiente, sino como parte de una familia de verdades íntimamente relacionadas entre sí, mientras que los protestantes la consideran como aislada de cualquier otra, por lo que necesita una demostración independiente, como si fuese lo único que sabemos de la Santísima Virgen”⁵⁰.

UTILIDAD DE UNA DISERTACIÓN COMO ÉSTA PARA LA TEOLOGÍA DE HOY

Hecho este recorrido, podría parecer que la tarea ha sido concluida. Y, sin embargo, no habría hecho más que empezar. Puesto que en autores como Newman, en su quehacer teológico, la reflexión sobre la fe encuentra sugestivas intuiciones de lo que ha de ser su propia tarea. Conviene no olvidar que esta disertación lleva por título “La cuestión estriba en si ese dogma es una carga; y mi opinión es que no lo es (*Apología pro vita sua, Cap. V*). La Teología y el Magisterio en el pensamiento del Beato J. H. Newman a raíz de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción”. Lo que ahora se pretende no es más que una modesta tipificación de las claves teológicas, de las constantes a las que el teólogo no puede dejar de estar atento y que nos ha ofrecido el recorrido por esta concreta disertación teológica de Newman.

LA ESCRITURA ES EL ALMA DE LA TEOLOGÍA

“Toda Escritura tiene dificultades —escribe en 1842—, pero no descuidemos lo que está claro, bajo el pretexto de lo difícil. Estamos seguros de que hay muchas cosas contenidas en la Escritura de modo clarísimo, es decir, muchas verdades, que cualquiera con la gracia de Dios, puede obtener por sí mismo y que, sin embargo, no obtenemos; son verdades que todos, si examinasen cuidadosamente el texto sagrado, convendrían en que están allí. Quizás, si aprendiéramos del texto sagrado lo que podemos aprender mediante nuestro estudio personal, estaríamos mejor dispuestos para aprender de otros las demás verdades aunque se hallan en la Escritura no podemos aprender por nosotros mismos”⁵¹.

EL PRINCIPIO DEL REALISMO DE LA ENCARNACIÓN COMO CLAVE DE NUESTRA FE

“Pues nada imprime tanto en nuestra mente que Cristo participa realmente de nuestra naturaleza y es un hombre en todos los aspectos, excepto en el pecado, como el hecho de asociarle con la figura de aquélla por cuyo ministerio se hizo nuestro hermano”⁵².

⁴⁹ *Ibid.* 370-371.

⁵⁰ *Ibid.* 372-373.

⁵¹ J. H. NEWMAN, *Sermons for Subjects of the Day*, 198: *The Christian Church as Continuation of the Jewish* (13 de noviembre de 1842), en J. MORALES, *Religión. Hombre. Historia. Estudios newmanianos* (Pamplona 1989) 275-276.

⁵² J. H. NEWMAN, “La reverencia debida a la Virgen María”, en J. MORALES, *Religión. Hombre. Historia. Estudios newmanianos* (Pamplona 1989) 271.

“Con el fin de honrar a Cristo, defender la verdadera doctrina de la Encarnación y asegurar la verdadera fe en la Humanidad del Hijo Eterno, el Concilio de Éfeso proclamó que la Virgen Bienaventurada es Madre de Dios. De este modo resultó que todas las herejías de aquel tiempo contribuyeron sin quererlo a la exaltación de María, y la escuela de Antioquía, fuente del primitivo racionalismo, motivo que la Iglesia definiera, primero, toda la grandeza concebible en una criatura y luego la dignidad incomunicable de María”⁵³.

UNA VERDADERA PREOCUPACIÓN POR MOSTRAR LA BELLEZA DEL *NEXUS MYSTERIORUM*

“Veis así —y ésta es una prueba evidente de veracidad para la doctrina revelada— lo armoniosa que es esta doctrina y cómo las verdades están tan relacionadas entre sí que una se desprende de la otra y cada parte está exigiendo el todo y ella está a su vez exigida por el todo”⁵⁴.

“Voy ahora a lo que los protestantes consideran nuestro punto más débil, la Inmaculada Concepción de la Virgen. Ruego al lector que recuerde mi advertencia inicial: yo no tengo el menor problema en admitir esta doctrina y esto es así porque conjuga maravillosamente con el conjunto de verdades en el que ha sido incluida recientemente”⁵⁵.

Una obediencia filial al Magisterio, en ningún momento en detrimento de la propia conciencia, tal y como Newman mismo expuso en su conocida carta al Duque de Norfolk: “Añadiré un comentario. Caso de verme obligado a hablar de religión en un brindis de sobremesa —desde luego, no parece cosa muy probable—, beberé ‘¡Por el Papa!’, con mucho gusto. Pero primero ‘¡Por la conciencia!’, después ‘¡Por el Papa!’”⁵⁶.

“A los sacerdotes católicos no nos obligan a ser unos hipócritas aunque se nos invite a creer en la Inmaculada Concepción. A las muchísimas personas inteligentes que creen en el Cristianismo a nuestra manera —según el modo, el espíritu y la luz católicas— no se les ha echado encima el fardo de que la Virgen fue concebida sin pecado original. La cosa es mucho más simple: no es que los católicos tengamos que creer eso porque se haya definido, sino al revés, se ha definido por que los católicos lo creíamos.

Lejos de ser la definición de 1854 un acto tiránico infligido al mundo católico, su promulgación fue recibida en todas partes con enorme satisfacción y alegría. Se declaró que la doctrina de la Inmaculada Concepción era apostólica como resultado de una petición unánime presentada a la Santa Sede desde todas partes para que se declarase *ex cathedra* esa doctrina. Nunca he oído de un católico

⁵³ J. H. NEWMAN, *Ensayo sobre el desarrollo dogmático*, en J. MORALES, *Religión. Hombre. Historia. Estudios newmanianos* (Pamplona 1989) 280.

⁵⁴ J. H. NEWMAN, *Mixed Congregations*, pp. 360–361, en Cf. P. BOYCE, Introducción, en J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 74.

⁵⁵ J. H. NEWMAN, *Apología pro vita sua* (Madrid 1996) 249.

⁵⁶ J. H. NEWMAN, *Carta al Duque de Norfolk* (Madrid 2005) 82.

cuya fe fuera perfectamente firme en los demás terrenos, que haya tenido dificultades en aceptar esta doctrina en particular”⁵⁷.

UNA VERDADERA ESTIMA POR LOS SANTOS PADRES

“Cuando se les presenta la teología de la Iglesia primitiva tendrán a menudo una viva sensación de crecimiento mental, y experimentarán que han conseguido algo muy valioso”⁵⁸.

“Recuerdo cómo me sentía fuera de mi familia cuando tomaba de mi biblioteca los volúmenes de san Atanasio o san Basilio y me ponía a estudiarlos; y cómo, por el contrario, cuando entre en la comunión católica, los leía con fruición, sintiendo que ellos encontraba mucho más de lo que había perdido y cómo les decía a aquellas páginas inanimadas, creyendo hablar directamente a los ilustres santos que las dieron a la Iglesia: ahora vosotros sois mis amigos y yo soy vuestro sin posibilidad de error”⁵⁹.

Desde estas claves, habrá de entenderse como la teología para Newman reviste un cierto aspecto de insuficiencia. “Pues bien, el gran defecto práctico del método y de la formulación de los temas religiosos —y de todos los temas morales— es que prometen más de lo que pueden realizar. En sus mejores condiciones, la ciencia teológica es muy imperfecta e inexacta; y sin embargo el mismo nombre de ciencia es una profesión de exactitud. Fácilmente vienen a la memoria otros defectos más conocidos, que también pueden presentarse como objeciones contra la teología: lleva a una excesiva familiaridad con las realidades sagradas, y a la irreverencia que de ello se sigue; fomenta el formalismo en el lenguaje o en la conducta; pone una especie de filosofía y literatura religiosa en el lugar que corresponde al culto divino y a la práctica cristiana; debilita los recursos profundos que mueven a la acción, al hurga en ellos; estimula la controversia y la porfía competitiva; en asuntos obligatorios pone normas positivas que requieren explicación, en lugar del sentimiento instintivo que impera al alma; hace que la mente confundida la sistematización con la verdad, y suponga que una hipótesis es real porque es coherente. Pero todas estas objeciones, aunque son importantes, nos llevan más bien a un uso cauteloso de la ciencia en temas religiosos, que a desconfiar en ella. Su insuficiencia, con todo, en un ámbito tan elevado es un mal que la acompaña del principio al fin, un mal inherente que no tiene remedio y que, quizá, está en la raíz de los demás defectos que acabo de enumerar”⁶⁰.

De ahí que si “el fin que se propone la ciencia teológica consiste en delinear o, por así decirlo, pintar aquello que el alma ve y experimenta. [...] ¿No será, pues, una utopía esperar que las investigaciones más diligentes y fatigosas consigan algo más que una descripción muy tosca de alma viva, con sus sentimientos, pensamientos y razonamientos? Y si es difícil analizar hasta el fondo cualquier estado, estructura u opinión de nuestra mente, ¿es acaso menos difícil delinear,

⁵⁷ J. H. NEWMAN, *Apología pro vita sua* (Madrid 1996) 250.

⁵⁸ J. H. NEWMAN, *Sermón Universitario XIV*, 17.

⁵⁹ J. H. NEWMAN, *A letter to the Rev. E. B. Pusey on his recent Eirenicon* (1866).

⁶⁰ J. H. NEWMAN, *Sermón Universitario XIII*, 21.

como pretende la teología, las obras, comunicaciones, intervenciones, atributos y naturaleza del Dios omnipotente?”⁶¹.

CONCLUSIÓN

Como conclusión quisiera evocar un fragmento de lo que un Newman recién ordenado sacerdote católico en Roma (30 de mayo de 1847) predica⁶² en la Catedral de Birmingham. Y esto desde las claves que el Papa Pablo VI subraya en J. H. Newman, tal como y narra el filósofo francés J. Guitton en su libro de diálogos con Pablo VI: “Después de la comida, se queda solo conmigo. Y me repite que desea darse por entero, pero que no tiene tiempo para formar grandes proyectos, que su espiritualidad es la de la confianza absoluta, como Newman. Me dice que Newman fue heroico: primero en su conversión; luego en su soledad, tras su conversión. Porque en Roma fue humillado, incomprendido. Y se quedó callado”⁶³.

Predica Newman:

“Y para concluir, hermanos, tan sólo una palabra más. Yo no quiero que vuestras expresiones digan más de lo que realmente sentís. Tampoco quisiera que andéis leyendo libros que contienen las alabanzas de la siempre Virgen María y los utilicéis y sigáis de manera imprudente sin reflexionar sobre ellos. No obstante de una cosa podéis estar seguros: si no conseguís hacer vuestro el calor de los libros extranjeros de devoción la culpa es vuestra. Usar palabras fuertes no es la solución: se trata de una culpa interior que sólo puede superarse poco a poco, pero en resumidas cuentas es una falta, por esa razón y por ninguna más.

De una cosa podéis estar seguros: el único camino para entender los sufrimientos del Hijo es penetrar en el sufrimiento de la Madre. Poneos al pie de la cruz, mirad a María de pie allí a sus pies, con los ojos en alto, traspasada por la espada. Imaginad sus sentimientos y hacedlos vuestros. Que ella sea vuestro gran modelo”⁶⁴.

⁶¹ J. H. NEWMAN, *Sermón Universitario XIII*, 22.

⁶² Cuando era anglicano, Newman escribía sus sermones con las citas exactas de la Sagrada Escritura, y los leía, como era costumbre en la Iglesia anglicana. Después de su conversión, trató de adecuarse a la tradición católica de predicar con mayor libertad, sin leer un texto previamente preparado. Por eso, para la mayor parte de sus sermones católicos sólo preparaba un borrador general o unas notas esquemáticas, y cuando escribía todo el texto no daba las citas escriturísticas, o a lo sumo las daba bastante incompletas.

⁶³ J. GUITTON, *Pablo VI. Secreto* (Madrid 2015) 64.

⁶⁴ J. H. NEWMAN, *María en el Evangelio*. Sermón predicado en la catedral de Birmingham, el tercer domingo de Cuaresma (26 de marzo) de 1848. Forma parte del primer bloque de sermones que predicó Newman, en diciembre de 1847, a su regreso de Roma donde había sido ordenado sacerdote de la Iglesia católica el 30 de mayo de 1847. J. H. NEWMAN, *María, páginas selectas* (Burgos 2002) 215-216.